PQ
6257
N67

ACABA DE APARECER



La bella y la fiera

MAGNIFICA NOVELA DE

Rufino Blanco-Fombona

Reflejo fiel de las tiranías americanas

5 ptas.

Casa. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15
MADRID

la novela de hoy



30 CTS

el destino implacable

por ARTEMIO PRECIOSO

LEA USTED

PERO SIN HIJOS

Por E. SALAZAR Y CHAPELA

LA PRIMERA NOVELA DE NUESTRA LENGUA QUE INCLUYE EN SUS PÁGINAS LA REVOLUCIÓN ESPAÑOLA. UN ASUNTO MODERNÍSIMO Y APASIONANTE

315 páginas, 5 pts.

Ciap. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.-Madrid

LA NOVELA DE HOY

Año X DIRECTOR: PEDRO SÁINZ RODRÍGUEZ Núm. 490

Madrid, 2 de octubre de 1931

EL DESTINO IMPLACABLE

por

ARTEMIO PRECIOSO

Ilustraciones de MEL

EDITORIAL ATLANTIDA

LIBRERÍA FERNANDO FE. — Puerta del Sol, 15. — Madrid

C. I. A. P.—Príncipe de Vergara, 42 y 44.—Apartado 33

EN EL PRÓXIMO NÚMERO
PUBLICAREMOS

La miniatura de María Antoñeta

por

PILAR MILLAN ASTRAY

ILUSTRACIONES DE
CASERO

Retrato del autor

Un retrato de Artemio Precioso no puede dar una idea exacta de cómo es en realidad Artemio Precioso.

Claro está que un retrato suele ser siempre una cosa amañada y fría. Si es con pose ya saben ustedes lo mal que posan los retratados, y si es instantánea, parece una traición.

Pero en el caso de Artemio Precioso la cosa es más específica. Pero que la prestancia física de este escritor oculta, en cierto modo, las características más singulares de su personalidad.

Su aspecto de burgués lento y distraído y como desdeñoso nada tiene que ver con ese prurito —un poco frenético y vehemente—con que el es-

Arturo Quiroga, treinta y tres años, ingeniero, alto, moreno, ojos castaños, pelo negro, dientes blancos, de lobo. Color, sonrosado, es decir, moreno no tocado del hígado. Temperamento impulsivo, lo que quiere decir noble, lo que quiere decir, con frecuencia, *irreparable*. Los que tantas veces lloran, lamentan y reparan lo que han hecho, son nobles, pero son impulsivos. Como impulsivos obran, van, vienen, *hacen* buenas y malas acciones, y como *nobles*, reconocen su error. En general, los seres tranquilos, flemáticos, no son nobles,

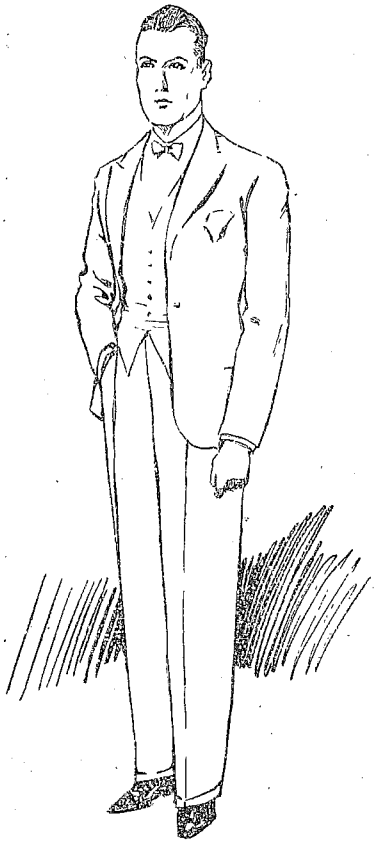
pero tampoco son impulsivos. Puesto a elegir, claro que me quedo con los impulsivos, provisto, eso sí, de una buena dosis de calma y otra tanta de paciencia.

Arturo Quiroga es uno de esos hombres *encantadores* a quienes todo el mundo quiere, o por lo menos, es simpático a todos. Habla poco, escucha mucho, aprueba con la cabeza frecuentemente. Profesó ideas socialistas, lo que no es obstáculo para que ame el lujo, la higiene, los buenos trajes y los buenos vinos. Tiene un apetito excelente, lo que quiere decir que su estómago posee los jugos justos y proporcionados para las buenas digestiones.

No tiene padre ni madre, aunque los ha conocido. Quedó huérfano del primero a los quince años y de la segunda a los dieciocho, cuando

aun no había terminado el grado de Bachiller. Su padre era un abogado elocuente y brillante que ganaba y gastaba unos cuantos miles de duros, y que al morir joven, en plena juventud, víctima de unas paratíficas, se llevó al otro mundo todos los recursos económicos de la familia...

Arturo, en uno de sus impulsos, al verse sin recursos—antes de agotados los ocho mil duros del seguro de vida de su padre—se hizo chófer en quince días, y cuando creyó dominar el volante y aprendió lo más elemental *para no quedarse en el camino*, cogió el tren y se fué a Bélgica..., donde hizo lo contrario de su paisano Justo Velas, quien vivió diez años en Lieja del dinero que le enviaba un tío suyo, rico y bondadoso, que creía que el sobrino iba a ser un gran ingeniero, en vez de limitarse a ser el querido de una mujer, ni joven



ni guapa, dicho sea esto en elogio de la mujer, ya que una señora joven y guapa no logra, en general, despertar grandes pasiones... El tío de Justo Velas acabó por enterarse, aunque con una década de retraso, de que el joven protegido jamás había mirado un libro, y que las notas y los diplomas y todo lo demás eran más falsos que muchos hombres que, por lo mismo, presumen de leales.

Arturo Quiroga, como decía, hizo todo lo contrario de su amigo. Sin más recursos que los de su sueldo de chófer—empleado en casa de un rico comerciante de Malinas, que tenía su central en Lieja—envió todos los meses algún dinero a los suyos (su madre y su hermano), y cursó, en seis años, la carrera de ingeniero, sin olvidar a su novia, la bellísima Clotilde Marín, hija de unos ri-

cos propietarios que se miraban en ella, por ser hija única, y que se oponían a sus relaciones con Arturo, porque era—decían—algo loco, y, sobre todo, porque era pobre y ejercía, aunque en el Extranjero, la profesión de chófer. Pero Clotilde era fiel a su amor, y siempre había sabido responder serenamente a las diatribas de sus padres con las más razonadas palabras:

—Me casaré con él porque le quiero y él me ama, y porque al mismo tiempo que le considero digno de mí me considera digna de él.

—Es que no te hará feliz. Es que tiene mal carácter. Es que *no tiene fortuna* para ser tu esposo. Piensa que eres nuestra única hija, y que el día que te cases con él nos darías el mayor disgusto de nuestra vida.

—Pero ¿por qué, y a nombre de qué, os opo-

néis de forma tan injusta a que una mi vida a la del hombre que amo?

—Somos tus padres...

—Ello no os da derecho a procurar mi infelicidad...

—Ese hombre no pondrá jamás los pies en esta casa.

—Pues los pondrá en la suya, que será la mía.

—Serás nuestra vergüenza.

—Seréis mi desgracia.

—Hija desnaturalizada.

—Padres ciegos e inhumanos.

—Algún día nos darás la razón.

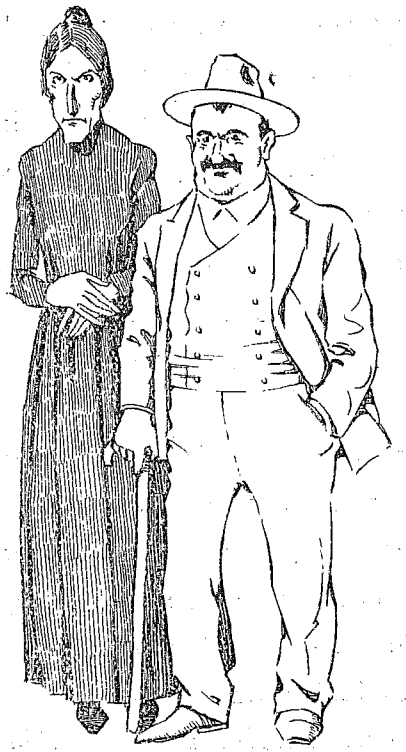
—Cuando reconozcáis vuestro error será ya tarde.

Diálogos como éste se repetían con frecuencia en casa de don Dámaso Marín, el cual, a pesar

de su dinero—y tal vez por lo mismo—era un hombre irascible, violento, vesánico, amigo del alcohol y enemigo de los pobres. Para él la humanidad se dividía en dos únicos grupos: los que tenían dinero y los que no poseían más que el día y la noche. La zona intermedia, gris, esa que posee algo, que no necesita de nadie, pero que no nada en la abundancia, no existía para don Dámaso.

El aguardiente y el dinero eran los dos grandes amigos del suegro de Arturo. En ataques que bordeaban el *deliriums tremens* había apaleado algunas veces a braceros del campo, a compradores de sus reses, a amigos que discutían con él de política, de administración o de toros.

Si a fuerza de prudencia y buen sentido, de generosidad o de tacto, el papel de rico resulta bas-



tante difícil de llevar, imaginad el odio que todos los del pueblo sentirían por don Dámaso, *opulento* propietario, usurero, tacaño, agresivo e insolente. Quien no le odiaba, le despreciaba.

En cambio, la costilla de este varón ejemplar... era cien veces peor que él. Alta, seca como la muerte, con los ojos hundidos y el pelo lacio y escaso, con la boca sumida y el aire siniestro, se diría una imagen exacta de la Avaricia, de la Maledicencia o del Espíritu del Mal. En cuanto la cocinera regresaba de la compra, doña Marcela se dedicaba a pesar la carne, la fruta, todo, en una balanza de precisión. Algunos proveedores que la conocían daban el peso sobrado a cambio de que la cocinera les llevase trigo, vino o aceite, en cuanto pudiese robar unos celemines o unos litros de las cámaras y bodegas del ama. Pero ni

una sola vez, al comprobar en la balanza que por un kilo de carne, por ejemplo, le daban cien gramos de más, había devuelto el exceso, y en cambio reclamaba siempre la falta, aderezando la demanda con los más pintorescos y denigrantes adjetivos.

¿Cómo de la unión de estos dos "pobres" seres había podido resultar aquel ángel de bondad y de belleza, de inteligencia y rectitud que se llamaba Clotilde Marín de Higueruela?

Esposa fiel, madre fiel, mujer honrada en el más antihigiénico y antipático sentido del vocablo, no había que pensar en una infidelidad de doña Marcela, que no había sido hermosa, ni bonita, ni elegante nunca, ni cuando tuvo dieciocho años. Fea y rica, se había casado con un hombre feo y rico. Almas gemelas, se habían entendido bien, con las

mismas lacras, cuidados como joyas, con los mismos vicios, con igual amor cultivados. Se habían unido sin amor, se habían unido como dos asociados egoístas y se habían sido fieles, en el sentido carnal de la palabra, porque para ellos *amor*, *placer*, *lujo*, era algo que costaba muy caro: algo lejano y perverso, de gente despilfarradora, de seres sin previsión. Don Dámaso tenía, a este respecto, una frase por igual hueca e idiota:

"Quien no tiene previsión, se encuentra sin provisión."

Hasta parecía una aleluya el *pensamiento*.

¿Pero qué dotes de previsión tenían los que, como los padres de Clotilde, no *preveían* la muerte, es decir, el banquete final de los gusanos en el cuerpo, es decir, la inutilidad absoluta de todas las bajas y rastreras *previsiones*?

* * *

Arturo Quiroga había terminado su carrera de ingeniero mecánico, había vuelto a Elsar, el pueblo levantino de donde era hijo, se había casado con Clotilde, al cumplir ésta su mayor edad, sin que don Dámaso ni doña Marcela cediesen en su oposición peregrina a aquel enlace de amor y pureza.

Habían nombrado a Arturo director de una gran fundición de hierro situada en la capital de la provincia, distante veinte kilómetros de Elsar, lo que permitía al ingeniero habitar en su suelo, tan amado por él.

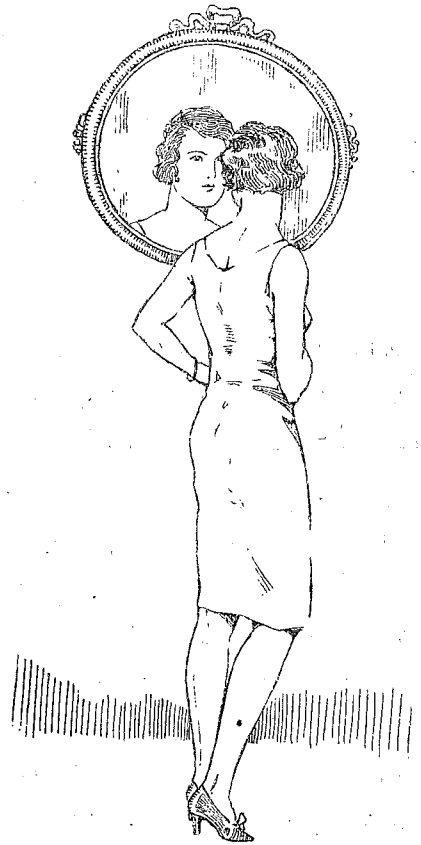
Vivía con el joven matrimonio Juan Quiroga, el único hermano de Arturo, que adoraba a éste como a un dios, no sólo porque para Juan su hermano lo había sido todo—el padre, el camarada fraterno, el consejero y el guía—, sino por impulsos de su noble y generoso corazón.

Si Juan no poseía la inteligencia y la voluntad de Arturo, le aventajaba, si era posible, en bondad, en generosidad, en nobles y altruistas impulsos.

Juan era casi el retrato de su hermano. Cinco años más joven que él, un poco más bajo y algo más delgado; se veía bien claro que era una edición, más nueva, del mismo ejemplar humano. Empleado en la Notaría del pueblo, donde en realidad ejercía las funciones del notario, aunque no compartía sus ingresos, todo el mundo le que-

ría, salvo las excepciones reglamentarias, en este caso presididas por don Dámaso, quien siempre que firmaba alguna escritura pública, siempre de hipoteca o de compra, miraba a Juan con el más profundo e indignante de los desprecios.

* * *



La actitud de Clotilde hacia sus padres era la de una buena hija, a la que este hecho no la priva de la razón y de la serenidad para juzgar los actos, las palabras y las pasiones de sus progenitores.

Clotilde no se sentía orgullosa, valga la verdad, de los autores de su vida. Hasta mirándose al espejo y verse guapa, francamente guapa, con aquellos ojos grandes, azules, como ventanas ojivales a un firmamento levàntino, con la boca sensual, roja, sin carmín ni afeites, con los dientes blancos, de color de nardo, con el pelo rubio como ciertos

vinos de Chablis, con los senos duros, erguidos, en forma de manzana, las caderas altas, las piernas largas y los muslos perfectos en sus líneas ascendentes, cuerpo de danzarina, ágil, nacido y hecho para el salto, la pirueta, la carrera, la danza y el amor... Clotilde se preguntaba, llena de asombro, cómo podía ser la hija de aquellos padres negruzcos, secos y peludos, sin grandeza moral ni material alguna, mezquinos hasta en el cariño natural de padres...

Para que pudiese casarse conforme a los ritos religiosos y sociales con su novio, Clotilde tuvo que esperar a cumplir los veinticinco años, según el absurdo precepto legal, y días después se verificaba el enlace, con asistencia de todos los amigos de Arturo y de su hermano y con ausencia de "la casa

de don Dámaso Marín", que veía con el ceño fruncido el matrimonio de su única hija...

Clotilde, Arturo y Juan fueron a habitar una casa nueva, de dos pisos, que un constructor acababa de ofrecer al público, apenas terminada.

* * *

Las relaciones de los esposos con sus respetables padres, a partir de la celebración de la boda, no dejaron de ser curiosas. Pasados los primeros días, es decir, pasado el peligro para los viejos usureros de verse obligados a contribuir al acontecimiento familiar con la indispensable aportación en dinero y en especies, el ceño de los desgraciados se dulcificó un poco, y doña Marcela hubo de decir, en presencia de su marido, a una amiga —*rara avis* en aquella casa—, que predicaba "la paz":

—Nosotros cumplimos con nuestro deber al opo-

nernos a un matrimonio que juzgamos y seguimos juzgando equivocado. Salvada nuestra responsabilidad, si nuestra hija—pero *sólo ella*—quiere venir a esta casa, no se le cerrarán las puertas...

La *buena nueva* fué conocida por Clotilde horas después. Hubo *consejo de familia* en casa de Arturo y se acordó, por iniciativa de la esposa, que ella iría a visitar a sus padres y tratar de que tan enojoso asunto quedase liquidado lo más favorablemente posible.

—Después de todo—acabó Clotilde—, una madre es una madre...

—Pero es que hay madres y madres—terció Juan, con alguna inoportunidad, y recogiendo la frase pueblerina y cazurra que, sin decir nada, quiere decir mucho:

—Yo no quiero contrariarte—acabó Arturo—

y nunca me opondré a tus menores deseos. Pero creo que todo será inútil y que a mí no podrán verme nunca con buenos ojos. Por mi parte, ya sabes que ni los quiero ni los odio, lo que no quita para que sea difícil a veces soportar las groserías de tu padre. El otro día, delante de don Jenaro, me insultó en medio de la calle, llamándome "ladrón de su hija"... Aunque estaba borracho, no creo que tenga derecho a proceder así. Si vas debes tratar de su conducta para conmigo, por conveniencia de todos...

Y Clotilde fué a ver a sus padres. La hicieron esperar en el salón, como a una visita cualquiera, más de diez minutos. Y cuando su madre, como una macabra aparición, vino hacia ella, sus primeras palabras fueron:

—Tu padre me dice que hoy no podrá verte. Se siente indispuesto y...

—Es que yo deseo verle.

—Lo dices en un tono...

—Es que el otro día, una vez más, ha insultado a Arturo...

—Está en su derecho. Y si vienes con ganas de pelea, has podido quedarte en "su" casa...

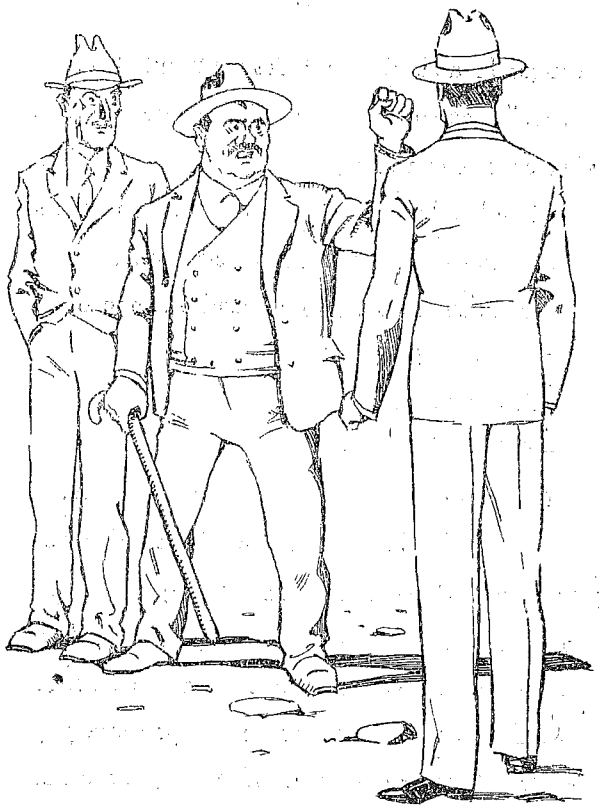
—Quería verla a usted, madre, para ver cómo me recibía. Y quería, repito, decir a mi padre dos palabras...

—Pues él, hoy, no quiere recibirte...

—Le dice usted, entonces, de mi parte, que espero sabrá respetar en lo sucesivo a mi marido...

—¿Y tienes el cinismo, el descaro, de hablar de esa forma a tus padres?

—¿De modo que en nada ha cambiado para



nosotros la actitud de ustedes? ¿Y usted, madre, me recibe como a una extraña, en vez de querer vivir en paz con su hija?

—Ese hombre, óyelo bien, no pondrá jamás los pies en esta casa. Lo sabes de siempre...

—Pues en ese caso, yo no vendré tampoco.

—Como quieras.

—Adiós, madre.

—Adiós, hija.

Y Clotilde salió de "aquella casa", donde había nacido, donde había transcurrido su vida hasta el momento de su enlace, sin una lágrima, casi sin dolor. Ella, en realidad, no tenía padres desde hacía mucho tiempo, desde que tenía uso de razón. Aquellos seres sarmentosos, secos por fuera y por dentro, que se llamaban don Dámaso y doña Marcela, aquellos seres "vivientes", llenos de fealdad,

aquellos enfermos mentales apegados al dinero y a las más absurdas pasiones, no eran, no podían, no debían ser sus padres. Ni siquiera sentía piedad por ellos, porque en ciertos duelos de la vida la víctima no puede sentirse conmovida ante los verdugos.

¡Ah!, si ella no hubiese tenido siempre el doble refugio de sus lecturas y de su amor por Arturo, ¿hacia qué derroteros no le habría conducido el panorama desolador de "su" casa? Habría amado a los animales, a los pájaros, a los desgraciados, por lo mismo tal vez que sus padres no poseían una gota de noble jugo en sus corazones de pesadilla. Y, sobre todo, había amado a Arturo desde los catorce años: aquel amor, sí, no le cabía duda, la había salvado de muchos abismos. Sin

aquel faro de luz en la noche del desesperante desierto de su vida de verdadera huérfana pobre —en su casa se comía peor y se gastaba menos que en la morada de un modesto obrero—, sólo dos horizontes se habrían ofrecido: el convento y el prostíbulo. O la vida religiosa, que habría consumado la suprema injusticia como final del rosario incontable que de las mismas estaba compuesta la suya, o la vida de placeres y lujo a que su belleza, como un engaño monstruoso, parecía darla derecho.

... Salió de allí, de "aquella casa" donde había nacido y había vivido, dispuesta a nunca más volver, dispuesta a convencer a Arturo de que debían irse de allí, lejos, donde nadie les conociese, donde nada pudiese recordarles todo lo desagradable que para ella y para él guardaba la caja de recuerdos de su vida de virgen *huérfana y pobre*...

* * *

Tarde de domingo, luminosa, suave, riente... Mes de abril. Año de mil novecientos... Los campos de Elsar son feraces, bellos, generosos... Viñedos, olivares, huertos, tierras de regadío para el cultivo de cereales y hortalizas... Cada vecino de Elsar, por pobre que sea, posee su huerto, su pedazo de tierra, su casita... Hasta los más pobres, hasta los más indigentes, hasta los más perezosos. Todo el mundo es propietario en Elsar. Por eso las tardes de domingo y de sol parecen más luminosas, más espléndidas que en no importa dónde... Los campos, los alrededores de Elsar, en las tardes

de fiesta semejan un hormiguero humano. Todo el pueblo, disperso, está en su huerta, en sus campos, en sus veredas, en sus caminos, bajo los árboles. Todos llevan su cesta bajo el brazo, para merendar al aire libre, en la hora del crepúsculo... El vino, los caldos de Elsar, que jamás se han vendido en botellas, por desidia de sus habitantes, son los mejores de España, por su riqueza alcohólica, por su sabor exquisito, por la pureza de sus colores.

Tarde, tarde de domingo. Arturo y Juan pasean, se dirigen a la casita que éste último acaba de construir en medio de un olivar, en la orilla de un trozo de monte lleno de pinos, esparto, romero, tomillo... Es la primera propiedad que Juan ha adquirido. Por diez mil pesetas, ahorradas durante diez años, Juan ha visto realizado su sueño



de propietario, como buen hijo de Elsar... Un gran abogado, que fué amigo entrañable del padre de Arturo y de Juan, inmensamente rico, tuvo la gentileza de cederle una pequeña parte de una de sus grandes propiedades. ¡Rasgo heroico éste del gran jurisconsulto don Mateo Matías, rasgo heroico en un propietario, vender, sin necesidad, por placer de complacer, la partícula de un vasto dominio! Pero es que don Mateo Matías, gran abogado, es también un gran corazón, y al oír un día los deseos de Juan, al acabar de leer una escritura por la que don Mateo adquiría una nueva dehesa, le contestó:

—Pues es bien fácil para usted, querido Juanito. Yo fuí un gran amigo de su padre. Y lo soy de su hermano y lo soy de usted. Elija usted, de entre mis propiedades más próximas, un trozo por

la cantidad que usted desee, valorando el terreno al precio que me costó y teniendo en cuenta que lo que vaya a seccionarse no perjudique la totalidad del resto, es decir, que sea de un extremo *blanco*. Y el día que usted quiera, me lo avisa, y vengo a firmar el documento público redactado por usted mismo.

Y tras la realización de estos generosos planes, Juan hizo construir una casa pequeñita, con cuatro habitaciones, en medio de unos olivares centenarios. Aislarse allí, con un buen libro, para descansar de la prosa cotidiana, era el mayor placer de aquel hombre sencillo, de aquel muchacho noble y bueno.

Tarde de domingo. Arturo y Juan marchan por un estrecho camino hacia "La Senda Azul", nombre bastante cursi con que han bautizado el

pequeño dominio. Son las cinco de la tarde. De Elsar a "La Senda" hay tres kilómetros. Lo malo de estas tardes de sol, luminosas y domingueras, es el polvo, que a impulsos del viento se arremolina como el humo de un incendio. El polvo, y el calor, y el mismo sol...

—Tardes hermosas, espléndidas, de cielo azul... Tardes solemnes, buenas para que los artistas del pincel las trasladen a los cuadros, pero un poco molestas para ser vividas plenamente, atravesando los campos y recibiendo los rayos del sol... Tardes para ser contempladas como espectador de la Naturaleza, pero no como actor...—iba diciendo Arturo.

—Apenas nos quedan diez minutos para llegar. No te impacientes. Podemos sentarnos a la som-

bra de un álamo, o ir despacio—añadió Juan—. Pero, ¿no te fijas en lo solitario que está hoy el camino? ¡Parece mentira!

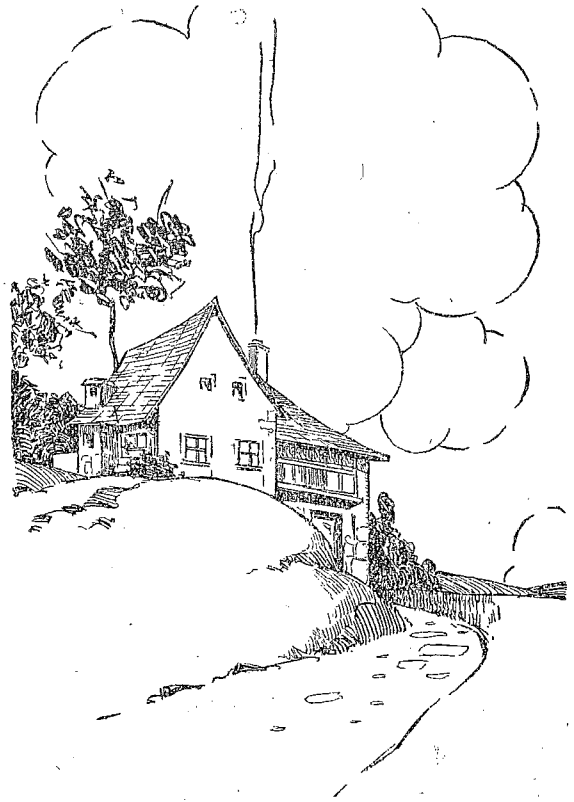
—Es que hace un calor insoportable. Milagro será que no haya tormenta.

... Y un hombre se ve venir en dirección contraria. Su silueta se va dibujando por momentos con caracteres precisos. Es don Dámaso, el suegro de Arturo.

El hombre marcha de prisa, volijeando un grueso bastón. Cuando los hermanos Quiroga se dan cuenta, ni pueden retroceder ni ocultarse. Es ya tarde para esquivar el encuentro.

—Calma, calma; pasemos sin decir nada—dice Juan.

—Estoy dispuesto a decirle buenas tardes al pasar, si él saluda—exclama Arturo.



Pero don Dámaso, al reconocerles, se ha detenido en mitad del camino, como aguardándoles. Y á diez pasos antes de que ellos lleguen, don Dámaso grita, enarbolando el garrote:

—Por fin te encuentro frente a frente, canalla. Ahora vas a decirme a mí lo que por cobarde nunca te atreviste, y lo que tu mujer dijo el otro día...

Y sin añadir más, la emprende a garrotazos contra su yerno, el cual se defiende como puede; trata de quitar al viejo su arma de ataque, pero no puede. El monstruo pega, y pega fuerte, mientras los más atroces insultos salen de su negra boca:

—¡Granuja! ¡Ladrón! ¡Logrero! ¡Canalla! ¡Malnacido! ¡Hijo de perra!

Juan no sabe qué hacer. Va a agredir con toda

violencia al viejo, para lo que coge una gran piedra del suelo. Pero en ese momento suena un disparo, dos, tres... El viejo cae al suelo, sin poder insultar ya más... Está muerto, bien muerto, no hay duda...

—¿Qué he hecho yo? ¿Qué me he visto obligado a hacer? Estoy perdido... El vil usurero ha buscado mi definitiva perdición. Déjame pegarme un tiro, Juan, hermano mío...

Pero la voz de Juan se eleva grave, solemne, majestuosa, en la tarde primaveral, llena de sol, de luz, de vida:

—No, Arturo. Tú has soñado. Tú no te has dado cuenta... Escucha: la cosa es simple, sencilla, inconmovible. Soy yo, ¿entiendes?, soy yo quien ha matado a este hombre maldito... Soy yo, ¿lo oyes?, soy yo... yo... yo... sólo yo...

Y la voz se impone con tal fuerza, con tal decisión de piedra, de cristal de roca más bien, duro y transparente, que Arturo no osa replicar, ni moverse, ni respirar...

A un gesto mudo, imperativo, inapelable de Juan, que tiene la faz descompuesta como un loco, Arturo le entrega su revólver...

Y los dos hermanos se sientan en una gran piedra, a orilla del camino, frente al muerto, esperando que alguien pase para que avise al pueblo y vengan a levantar el cadáver y hacerse cargo del homicida...

* * *

Juan fué condenado, por homicidio, a catorce años de presidio. Le juzgó el Tribunal de Derecho. El Jurado había sido suspendido por el Gobierno hacía unos meses. Y así, aunque todo el pueblo en masa manifestaba sus simpatías por el "matador", los togados oficiales, *lamentándolo mucho*—según manifestaciones a diestro y siniestro—se vieron obligados a condenar, sin reconocer una atenuante. Por lo visto, ante un hombre que ataca a otro dándole garrotazos en la cabeza, todo el mundo debe cruzarse de brazos, hasta que el agresor acabe con su víctima.



Doña Marcela murió meses después que su digno esposo.

Al heredar Clotilde a sus padres, Arturo impuso una condición: la de que en su casa no habría de gastarse ni una sola peseta producto de la herencia, ni visitarían las fincas, ni, en una palabra, se aprovecharían en lo más mínimo de nada relacionado con los suegros. Si tenían descendencia, toda iría íntegramente a los hijos.

... Y Juan, a presidio, como un criminal. ¿Pero acaso la sustitución no era para Arturo mil veces más dolorosa que si el condenado por los Tribunales hubiese sido él? Cada vez que iba a visitarle al Penal de San Miguel de los Reyes, su corazón era sometido a terribles torturas.

¡Vidas inocentes, truncadas por el hado adverso! Clotilde, Arturo, Juan... ¡Trío doloroso de

unas vidas truncadas sin motivo, inicuamente!...

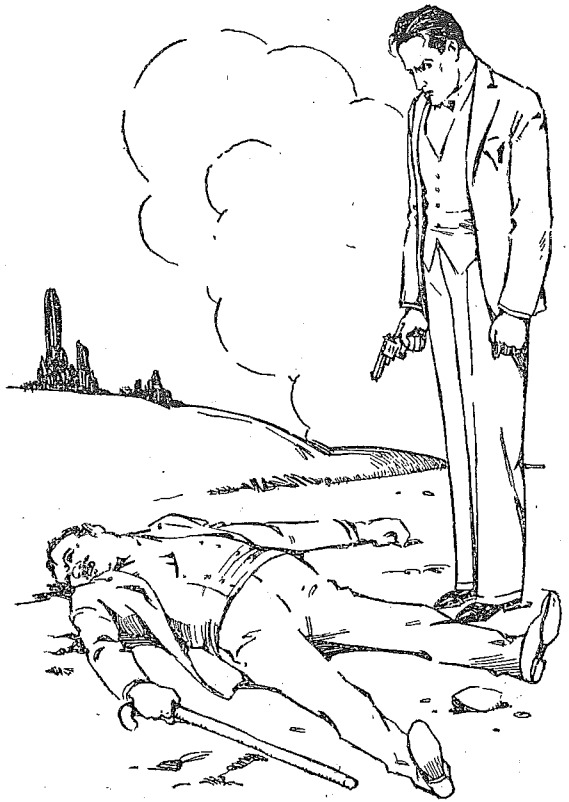
Clotilde no guardaba el menor odio ni resquemor contra Juan. Le consideraba víctima de la fatalidad, reconociendo que había obrado en legítima defensa del hermano...

Y así, cuando tras cuatro años de prisión, se obtuvo el indulto del condenado, Juan fué a casa de sus hermanos como antes del "crimen"...

* * *

¡Misteriosas reacciones del espíritu humano! Puesto frente a Clotilde, tras cuatro años de encierro brutal, tras cuatro años de no ver la luz del amor ni del placer, Juan se enamoró de su cuñada. Pasión terrible, criminal, que arraigaba más a medida que quería arrancarla de su pecho. Pasión loca, arrolladora, volcánica...

Arturo había exigido de su hermano la confesión a Clotilde de la verdad del drama. Cuando ella lo supo, Juan fué a sus ojos el mártir, el héroe, el santo a quien se le debía adorar como algo inaudito, extraordinario, sobrehumano...



... Y así surgió en el pecho inocente de la hermosa Clotilde idéntica pasión a la que Juan sentía... Y así un día se vieron ellos mismos sorprendidos de sentirse abrazados, fuertemente abrazados. Inconscientes, cayeron el uno sobre el otro en el diván del comedor.

* * *

Y así, formando los dos cuerpos uno solo, entrelazados en una cópula furiosa, los sorprendió Arturo una noche, en que, a poco de salir, después de cenar, tuvo que regresar de pronto. Así los vió, así los contempló... Ellos no se movieron ni osaron mirar. Aguardaban la muerte, sin tratar de defenderse, domeñando el instinto de conservación, aherrojando los impulsos de defensa...

Y cuando Arturo cerró la puerta, suavemente, sin ruido, y desapareció, ellos continuaron inmóviles. Creían que él había ido a coger el revólver, el

mismo que mató a don Dámaso. Y aguardaron en silencio la muerte...

Pero Arturo no volvió. Un disparo sonó en el despacho. Corrieron, imaginando ahora la verdad... Allí, en el suelo, entre hilos de sangre que dibujaban líneas caprichosas, arabescos indescifrables, yacía Arturo, con los ojos espantados, abiertos, mirando el océano infinito y turbio de las pasiones humanas...

* * *

... Y otra vez para Clotilde se abrieron sólo dos sendas: la del vicio o la del claustro.

Optó por esta última. Ingresó en un convento.

... Juan es ese hombre silencioso que vive en una buhardilla, en Madrid, donde él mismo se prepara sus comidas. No habla con nadie. Lee y escribe versos que no publicará nunca. Lleva aún en los labios el sabor del último beso de Clotilde, y en el corazón el supremo dolor de la tragedia de Arturo, a quien nunca traicionó en realidad, por el que dió su libertad, por el que habría dado sin vacilar la vida...

* * *



Y ahora, tú y yo, vamos a discutir, lector amado, en un diálogo que yo imagino de la siguiente manera:

El lector.—Pero, bueno, señor escritor, ¿qué moral debe deducirse de esta historia novelesca, condensada tal vez con exceso?

Yo.—Usted puede deducir la moral que más sea de su gusto. Eso depende de usted. ¿Es usted un burgués conservador? ¿Es usted un hombre que, al menos en ideas, es revolucionario? ¿Es usted un hombre amoral?

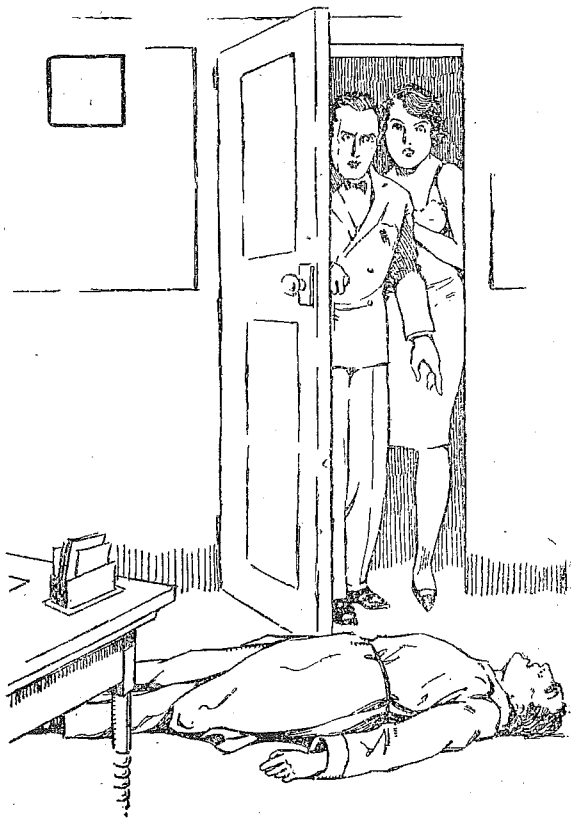
El lector.—Como lector, lo soy todo. Pretendo saber la moral que usted deduce de ese relato.

Yo.—No era ésa su pregunta primera. Pero le concedo todos los derechos de ampliación o de rectificación. La moral que yo deduzco de lo expuesto es bien pesimista. Pero entendámonos. No es lo mismo la moral que la moraleja. Como no es igual llamarse la señora de Beltrán que ser conocida con el remoquete de la Beltraneja. La moraleja es algo artificial, o bastardo, algo fabricado por caminos torcidos para uso de infancias adocenadas y cerebros grises. Yo veo, en el caso de Arturo Quiroga, una serie de injusticias de la vida. En él no triunfa el bien, sino el mal. Es heroico, bueno, leal, ama a una mujer buena y pura. Todo acaba por serle adverso, de una forma fatal, inexorable. Queda huérfano y se constituye en

el jefe de su familia, trabaja, estudia, se hace ingeniero. Nada sirve para que sus suegros sientan por él afección. Debiendo éstos sentirse orgullosos de que su hija vaya a manos de un ser tan noble y tan puro—como lo demuestra rehusando todo beneficio de la herencia—, la guerra con él continúa implacable, aun después del matrimonio...

El lector.—Pero esos suegros son absurdos, no pueden existir, son monstruos...

Yo.—Pues yo podría citarle por docenas los nombres propios de suegros vesánicos, irreductibles, inasequibles a toda permeabilidad humana... Pero continuemos con Arturo. Su mujer, su hermano, todos acaban por escapársele. Juan, que había tenido por él el máximo impulso noble, generoso, tan noble y tan generoso que parecía natural, le corresponde, a pesar suyo, con la máxima afrenta.



El lector.—Pero explíqueme usted, señor novelista, algo sobre la actitud incalificable de ese Juan, que de cordero pascual pasa a la categoría de tigre traidor...

Yo.—Aquí sí que vamos a disentir, amigo mío. Juan es el mismo siempre. No ha cambiado. Es digno de lástima, ello es todo... Porque en toda relación de hombre a mujer, la pasión, bendita o maldita, según los casos, puede surgir, cambiando radicalmente el rumbo de la ruta afectiva. El cerebro debe vigilar siempre sobre el corazón y sobre el sexo, porque el menor abandono de la inteligencia, el menor eclipse de la voluntad, pueden ser fatales... Juan está solo, sin mujer. Acaba de pasar, injustamente, unos años de presidio. Y, de pronto, se halla frente a Clotilde, mujer extraordinaria, hermana peligrosa de tan buena, alma sin

malicia y por lo mismo fácil a sepultarse en el abismo... Juan ve a Clotilde de forma distinta a como la veía "antes". Como no puede sospechar que él sea capaz—como todo el mundo—de enamorarse de una mujer, cuando quiere defenderse, cuando se da cuenta, es ya tarde...

El lector.—Bueno, todo eso está muy bien. Pero el novelista debe presentar casos *inevitables*, es decir, casos en que no sea fácil otro desenlace. Y en este de usted... Vamos por partes. Primero, si a Juan no se le ocurre la idea de la sustitución, ¿habría acabado todo así?

Yo.—Podría haber acabado peor...

El lector.—Tal vez. Pero ¿y si no hay muerte? ¿Y si Arturo y Juan huyen de aquel tío bruto? ¿Y si el uno no lleva revólver y entre los dos se limitan a quitar el garrote al foragido?

Yo.—¿Quién le dice a usted que entonces don Dámaso no habría continuado a perseguir con más saña y más de cerca a su yerno, hasta el punto de asesinarle un día?

El lector.—Pudo denunciarle a las autoridades. Pudo el matrimonio irse a vivir lejos de allí.

Yo.—Habrían acabado por irse, no lo dude. Clotilde lo quería así. Pero la tragedia surgió antes. En cuanto a la denuncia a las autoridades, usted tiene derecho a todo, querido lector, a todo menos a la ingenuidad.

El lector.—En resumen... ¿qué debo deducir de todo ello?

Yo.—Lo mejor será que no deduzca nada, y que si siente un impulso irresistible por las deducciones, por las enseñanzas, por las morales y las moralejas, deduzca usted lo que más sea de su

agrado, según sus gustos, opiniones o prejuicios. Yo, por mi parte, sólo pienso que la vida en sí está llena de aberraciones, injusticias y malas pasiones, y que el mejor hombre puede verse acosado sin cesar por un Destino implacable, duro, criminal... Seamos buenos, humanos, comprensivos en todo y para todos, en lo que de nosotros dependa...

París, 1930.

ARTEMIO PRECIOSO

MANICOMIO

UN LIBRO QUE NO SE OLVIDA POR SU CONTENIDO.

UN LIBRO QUE SE CONSERVA POR SU MARAVILLOSA PRESENTACIÓN.

CIEN MUECAS DE LA LOCURA HUMANA DESCRITAS POR **A. HERNANDEZ-CATA** E ILUSTRADAS A TODO COLOR POR **SOUTO.**

Ciap. 15 pts.

MANICOMIO



UNA NOVELA INTERESANTÍSIMA

Memorias de un vagón de ferrocarril

por

Eduardo Zamacois

1,50 ptas.

"El Libro para Todos". Ciap. Librería Fernando Fe, Puerta del Sol, 15.-Madrid